

1914, que instituye el matrimonio civil con carácter de obligatorio: las bases 14 y 15 de la ley 49 de 1914, restrictiva de la libertad de testar cuando ésta se refiera a las instituciones religiosas—la primera—y supresora la segunda de las instituciones de manos muertas, salvo algunas de carácter laico; la supresión del presupuesto de los trece mil pesos que se habían acordado a la Iglesia, en virtud de un concordato celebrado cuando nos hallábamos bajo la tutela colombiana; las tendencias hacia la enseñanza laica reveladas por la ley 34 de 1915, y finalmente, la sustitución del juramento religioso que se usaba en la Asamblea Nacional, por otro más racional, por lo humano,—si algo demuestran es que el Estado panameño tiende a hacer efectiva su emancipación de la Iglesia, siguiendo los universales principios enunciados al comienzo de este escrito y basándose en lo que tiene de fundamental el artículo 26 de nuestra Constitución. Y esto sí es obra del liberalismo: abogar por que cada cuerpo capacitado para el desempeño de una finalidad lícita la realice sin trabas, libremente. El liberalismo en los casos concretos mencionados no se opone a que la Iglesia enseñe; ni prohíbe que los maestros por ella pagados impongan a sus alumnos las creencias que a bien tengan; ni le impide la reducción de los indígenas a la vida civilizada, etc. Lo que con justicia desea es que la Iglesia realice estos objetivos por su propia cuenta, con sus legítimos recursos, sin gravitar sobre el Estado, el cual para el desempeño de su misión necesita de todos los tesoros que pueda acumular. Y si delimitar el campo donde cada uno, el Estado y la Iglesia, deben desenvolverse; si precisar su posición en el mundo de las instituciones, para que por sendos caminos se dirijan a la cumbre de sus ideales; si esto se traduce por hostilidad, si esto es decretar la guerra, que se rompan en buena hora los fuegos; el liberalismo no los teme; fuerte ha sido en la persecución de sus conquistas y fuerte será también al defenderlas. Vengan esos "Césares moribundos, que aún hallan en sus almas tenacidad para combatir, voluntad para vencer"; en los fragores de la lucha se verá si surge triunfante el pendón de los héroes de leyenda, o si cae hecho jirones, permitiendo que una vez más brille con su luz prístina el sol vivificante de la libertad!

Si en Alemania, Austria - Hungría y Bélgica la Iglesia se ha visto obligada a reaccionar y en la reacción ha logrado triunfar de sus hostilizadores, no ha hecho más que ejercer un derecho: el de defensa, un deber: el de conservación. Pero en Panamá este caso está remoto. Las quejas que se traslucen en los llamados memoriales de agravios, son, como lo he manifestado ya, actos que confirman la independencia de la Iglesia y del Estado, independencia reconocida por pensadores católicos, según se ha visto, y consagrada por las más modernas legislaciones.

Haya sido todo lo benéfica que se pretenda la influencia del partido católico en la autocrática Alemania y en la Austria - Hungría, heterogénea y vetusta; pero la historia,—esa maga de decir insospechable,—enseña que el catolicismo como gobierno ha sido siempre la negación de todos los derechos, el absolutismo bárbaro en plena florecencia. Recuérdense una vez más los horrores inquisitoriales, de los que dice don Juan Antonio Llorente—católico genuino—en su obra "Historia de la Inquisición de España":

"No es fácil señalar el número de hombres infelices que murieron en las llamas desde el año de 1208 en que comenzó esta inquisición;—pero no puede menos de padecer mucho un corazón sensible leyendo las historias de aquel tiempo, que refieren la muerte de muchos millares entre los tormentos más acerbos, como triunfo de una religión cuyo divino fundador le imprimió el carácter de mansedumbre, caridad, dulzura y suavidad. ¡Tanto puede la superstición cuando se junta con la ignorancia y falsa política!"

Y para no ir tan lejos en el tiempo y la distancia, bástenos recordar los excesos de la Regeneración colombiana, cuyo poderío arrancó de su alianza con el clero y los conservadores. Por lo demás, el clero ha sido siempre enemigo de las grandes causas: lo fue de la independencia de las repúblicas americanas, y al decir del doctor Ignacio V. Espinosa, "cuando la revolución de los comuneros el arzobispo Góngora traicionó a los luchadores por el derecho, y a la voz del clero los pueblos deponían sus armas y hallaban justa la sentencia de muerte proferida contra los revolucionarios de 1871".

Unas cuantas palabras sean dichas también en relación con el llamado socialismo católico, cuya fuerza se solicita para que sea como quien dice el nervio o eje primordial de la invención conservadora. El llamado socialismo católico sólo se ha preocupado hasta hoy por aliviar la suerte de los obreros que trabajan en grandes masas en las fábricas y centros manufactureros. Leyes limitativas de las horas de trabajo, retributivas de los accidentes que ocurran en el mismo, y sociedades de consumo, de resistencia, de socorros mutuos etc., a esto se reduce la acción católica para aligerar la carga de miseria que pesa sobre los hombros de la humanidad doliente: meros paliativos y, en resumen, el problema de la miseria intacto. En tanto que el socialismo genuino, sea que se considere el de Estado o el comunista, sin descuidar los alivios transitorios, ataca al problema en lo que éste tiene de complejo: la propiedad, causa eficiente del malestar económico que sienten las clases proletarias. Y como la más esencial de las propiedades es la agraria, sobre ésta actúa más intensamente el socialismo genuino. En los pueblos donde la Iglesia y el Estado andan desligados, los obreros tienen que esperar todo de este último, al cual compete la administración de las tierras y en los pueblos adelantados el reglamento de la producción y de la distribución.

Creo haber probado que el Partido Católico no es el eco de una necesidad social de veras sentida, sino una forma de conservatismo—ideada en los momentos en que este partido político se extinguía irremisiblemente por el efecto de sus intemperancias, por

la falsía de sus propósitos,—y destinada a batir el liberalismo explotando la superstición. Esgrima en buena hora sus armas el nuevo enemigo: "El destino de la humanidad es progresar padeciendo", según la frase inmortal, y no obstante los rigores de la lucha, los liberales la haremos progresar.

Panamá, 12 de Julio de 1917.

D. H. Turner.

Charlas Políticas

III

Ese maldito auto nos dejó con la palabra en la boca, don Tiburcio, y no pudimos oír sus últimas palabras con respecto a las venideras candidaturas.

—Lo mejor es no precipitarse en estas cosas, queridos amigos; pues como bien saben ustedes, "los últimos son los primeros."

—Según eso, usted cree que los que suenan como candidatos, por ser los primeros, serán los últimos?

—No tanto; pero... oigan ustedes la cuestión la planteo yo así: Porras, el decadente, y gran amigo mío, apoyará a Guillermo Andreve, quien cuenta a su vez con el concurso genial de los niños de las escuelas que, con todo y ser libre el sufragio, no podrán sufragar; y esto se verificará si Porras no se pelea con él, como es probable; y en cuanto al otro candidato, no se sabe quién sea.

—A propósito don Tiburcio (agregan Juan y Antonio interrumpiéndolo), no sabe usted que Porras ha mandado decir en carta particular (esto lo cuenta Barahona), que cuando él llegue aquí todo el mundo temblará?

—Y cómo así?

—Pues según Porras, viene preparado a ponerle candado a la boca de Ramón Acevedo; a corretear a Andreve, y anular a Morales (!!!!!); de este modo presume atar a Valdés dizque para que Cirilo Balaám se encargue de la Presidencia.

—¡Ja, ja, ja! Ese Belisario sí que es charlatán.

—A sabiendas del odio que usted le tiene.

—Sí señores; y odio con justicia. Ese hombre me asesinó; me engañó; me regaló con los dicitos más prostituidos; ese hombre en fin, no sabe lo que es gratitud; además ha tenido la audacia de llamarse Jesucristo por haber nacido dizque en un pesebre de la media noche para el día 28 de Noviembre, acariciada su cuna por la estrella que llaman los campesinos de Las Tablas, la estrella de los molenderos.

—Qué infame y que creído!

—Algo más que eso amigos míos, y tengo que hundirlo para que se le acabe su pretensión ridícula.

—Le ayudaremos don Tiburcio; cuente usted con nosotros.

—Gracias amigos míos; si como ustedes procediera la juventud y todos los panameños, la justicia sería divina.

—Ya la moral individual un tributo.

—Ya verán ustedes como me portaré en esta campaña para Diputados; será la más ilustre de cuantas se han verificado y servirá de dechado para el porvenir. Las contemplaciones tendrán fin y el corrompimiento un valle.

—Ante todo, don Tiburcio, hay que sacar gente que sirva.

—Patriotas y hourados.

—Eso es, mas no se olvide de buscarlos también económicos; porque si las cosas siguen como hasta aquí en

el despilfarro más desenfrenado que se ha visto, habrá que rezarle la última oración a la vida de la República.

—Ya verán, ya verán ustedes.

Un muchacho que pasó voceando "La Crónica" interrumpió este diálogo. El sol se desmayaba por la última ladera del horizonte y sus rayos anémicos besaban la frente del pobre Tiburcio....

Qué quieren?

Hace algunos meses venimos haciéndonos nosotros mismos esta pregunta.

¿Qué quieren los porristas cuando nos hablan de patriotismo, popularidad y jefatura de Belisario Porras? ¿Piensan que en las actuales circunstancias el pueblo no piensa y medita? O se cree a éste tan cándido para creer en las farsas del Coquelí moderno? Sépase que si en otros tiempos el pueblo creía—tomemos por ejemplo—en el pauperismo más espantoso en que se decía vivir Belisario Porras, y resultó siendo todo lo contrario, es decir, que poseía grandes cantidades de dinero depositadas en bancos extranjeros, medios de que se valió para burlar la candidez de sus amigos, en los momentos presentes no hay quien crea que él sea merecedor de los adjetivos que le obsequian sus adláteres, puesto que el país sabe ya a que atenerse y está dispuesto a no ser objeto de nuevos engaños.

Belisario Porras patriota? ah, que sarcasmo! El, que en los momentos de ruda prueba para los panameños; protesta del movimiento de secesión y nos apostrofa con epítetos infamantes; ofrece sus servicios al Gobierno de Colombia, y por último, cuando nuestro litigio de límites con Costa Rica, felicita a esa nación por el triunfo obtenido y dice que los panameños debemos conformarnos con el fallo del Jefe de la Justicia del Gobierno americano; como se ve bien, este hombre no puede ser patriota.

Belisario Porras popular, ¿qué disparate! El, que dijo ser el hermano de los humildes, de los menesterosos, de los desvalidos y de los que sufrieron, y que llegado al poder no cumplió lo prometido a ese pueblo que le amaba con delirio convirtiéndose después en su victimario, ya derrochando los caudales nacionales, ya recargándoles con contribuciones extorsivas, ya llamándolos chombos, y como para epílogo de sus crímenes, acribillándolo a balazos por los parques y avenidas de la capital y en los campos más apartados de la República, dejando sumidas en la orfandad a esposas cariñosas, hermanas queridas e hijos inocentes que claman constantemente venganza; como se ve, no es digno ni puede serlo del aura popular.

Belisario Porras, Jefe de partido? ¿Qué ironía! Cuando más podrá ser Jefe de partidas porque la causa de sus desvelos—el liberalismo—en lugar de dedicarle todas sus preferencias y atenciones la miró con la mayor indiferencia y sin importarle un comino. Sabido es de todos nosotros que su gabinete lo componían en su mayoría conservadores; el Poder Judicial lo entregó en manos del enemigo común, y.... ¿a qué seguir enumerando hechos bochornosos que serían interminables? Como se ve, este hombre por sus actos ha quedado fuera del liberalismo.

Así es que es una insensatez de parte de quienes pretenden demostrarnos que Belisario Porras tiene hoy prestigio de antaño, no, no hay tal; él es un figurón de barro y el pue-

blo trabaja con todas sus fuerzas para impedir que logre los fines que él desea.

El pueblo se prepara a pedir estricta cuenta a quien burló su ingenuidad en otros tiempos y está dispuesta a cobrarle caro, carísimo, por todos los ultrajes que le ha inferido en más de una ocasión. De no hacerlo como esperamos, no merece ocupar el puesto entre los pueblos libres y conscientes del globo.

Porras como amigo

La amistad que Belisario Porras suele ofrecer a los que él califica de amigos, merece un poco de atención, y a nadie más que a nosotros, que le tratamos íntimamente, corresponde analizarla en todos sus detalles, para que sirva de ejemplo a los que en el futuro, engañados por sus vanas palabrejas, caigan en la red que con arte supina sabe tender este hábil comediante.

Conocimos a Porras a fines de la guerra civil que devastó nuestros campos y desde entonces le hemos estudiado; y nunca encontramos en su corazón, por más que hubimos de profundizarlo, una sola chispa de amistad. Este dón es en él planta extraña, como lo es en la serpiente la hidalguía.

Y este modo de fingir le ha servido en la vida pública, para que conquistara con facilidad y sin muchos tropiezos, el puesto a donde lo llevamos los panameños, y de donde es deber moral lanzarlo hoy que lo ha desmascarado el tiempo.

Si Porras no conoce, por ejemplo, al señor X, se vale de Z, amigo de él, le pregunta por el nombre de Z de su familia y demás parientes, y cada vez que lo encuentre, sea el lugar donde sea, le llama por su amigo, y hace en fin, tantas preguntas, que el sujeto que quizá nunca le ha visto, le cree un viejo amigo; y si no es un hombre a quien quiere catequizar, sino una pobre vieja, de esas viejas buenas y cándidas que en nuestros arrabales venden pescado y frutas, entonces va allí, a la humilde choza de aquella anciana, se come en su presencia una presa de pescado frito, la abraza y besa; y sale muy campante, como si tal, satisfecho de su obra de farsa. La anciana que respeta el ropaje que lleva, se queda lela y estupefacta, creyendo en los coqueteos del payaso! Estando ausente un amigo, le califica de ladrón, expósito, etc.; presente, el amigo; le llama honrado, inteligente y bueno.

Una vez, en plena campaña política de 1912, hablando Porras con nosotros sobre los hombres y las cosas de Panamá, se atrevió decir de un personaje que después le siguió como a la sombra de su cuerpo, que era el "hijo más degenerado de Panamá"; cupo la suerte que en el mismo momento en que así se expresara, llegara al lugar de la reunión el referido individuo: todos los allí presentes nos quedamos mudos y estáticos, esperando un desenlace funesto; mas no fué así; Belisario Porras tuvo la sangre fría de abrazar a su ofendido, y hasta de calificarle con los adjetivos más dulces, propios para ser lanzados por los labios de una mujer enamorada.

De aquí que no nos extraña nunca aquel burdo calificativo que nos endilgó y que la Historia, notario infalible recogió después, en momentos en que nos separábamos de Colombia; de aquí que no nos sorprendiera su conducta para con los amigos que le dieron nombre, posición y fortuna; de aquí que no nos extrañara los crí-